

XIII

AGENTE DE LA G. P. U. (1)

A través de una peligrosa y accidentada lucha, que dura ya desde hace dieciocho años —rompí decididamente con el comunismo en 1929, después de haber militado activamente en él durante diez años—, he llegado a conocer bastante a fondo la mentalidad y los métodos de la G. P. U., así como las características de los sujetos que la componen o que la sirven. Es la G. P. U., sin duda alguna, la organización policíaca, terrorista y de espionaje más siniestra y diabólica jamás conocida: por su falta absoluta o totalitaria de moral y de escrúpulos, por su crueldad y su sadismo, por los medios que emplea y por los fines que persigue. No vacila en dirigir a los hijos contra los padres y a los esposos entre sí, a convertir a cada compañero en espía de los demás compañeros, en cultivar la amistad para traicionarla fríamente, en concertar y destruir matrimonios y mancebías o en prostituir el amor en el hombre como en la mujer con fines políticos y policíacos. Todo lo que se considera como más sagrado en el ser humano es puesto a contribución para aterrorizar y reducir —o suprimir— al ser humano. Un régimen y una institución que tienen que guardar en rehenes a los seres más queridos de sus funcionarios para asegurarse su fidelidad de cadáveres, se juzgan y se condenan a sí mismos para siempre.

He tenido ocasión de ver actuar a la G. P. U. en Rusia y en varios países de Europa. Pero, sobre todo, la he visto actuar en mi país: en España. Durante la guerra civil, sus secuaces de los diversos países mandados allí para hacer méritos y completar su aprendizaje a costa nuestra, llegaron a extremos inconcebibles en su sádica crueldad. Eran enfermos de fanatismo y de terror rayanos en la locura. Convinieron a unos entes políticos y policíacos de que todo está permitido con tal de triunfar —de que todos los medios son buenos con tal de llegar al fin— y cubrid sus maldades con una doctrina y un sentimiento del deber, y tendréis los peores monstruos jamás conocidos. Tales monstruos fueron arrojados sobre la zona republicana con órdenes de conquista a toda costa. Cometían sus crueldades y sus crímenes en la sombra, sin ruido ni publicidad o propagándolos —cuando no tenían otro remedio— como una fiera adhesión a la causa republicana. Convirtiéronse en los monopolizadores de esta causa. Y todo aquel que se les resistía, convertíase automáticamente en un cómplice o agente del fascismo sobre el cual se irrogaban derechos de vida o muerte. Y hubo un mujer de exterior dulce, una ex obrera sensible y honesta —la famosa Pasionaria— qué, fanatizada y engreída, llegó a justificar estas demasías con la siguiente monstruosidad: "Vale más condenar a cien inocentes que exponerse a absolver a un solo culpable". Todas las humanas conquistas de los modernos códigos de justicia quedaban anuladas por este tajante retroceso a la peor barbarie. Dominadas las mentes por las peripecias de la guerra civil y por la obsesión del enemigo franquista, muchos españoles no se daban cuenta de estos crímenes. Y otros se negaban a creer que semejantes monstruosidades fueran posibles en seres que tenían las apariencias de hombres y de mujeres. Durante dieciocho meses por "checas" y calabozos, con la conciencia de un condenado a muerte en medio de centenares de condenados a muerte, tuve ocasión de vivir esa trágica realidad rusa trasplantada a España, a mi España doblemente martirizada por sus enemigos y por los que se decían sus defensores. Caníbales políticos hube de llamarles: porque lo mismo devoran a hombres que a pueblos y devorarían al universo entero si se les dejara (2). En España hicieron su cruel aprendizaje todos o casi todos los que prepararon el asesinato de León Trotski. Y muchos de los que hoy imponen su insuperada inquisición en media Europa.

Pero la G. P. U. es, al mismo tiempo que la organización policíaca y terrorista más siniestra y diabólica, la más zafia, más grosera y más torpe jamás conocida. Asombra su absoluta falta de inteligencia, de originalidad y de espíritu de adaptación a cada medio o ambiente. Que aplique sus métodos en Rusia, en España, en China o en México, siempre llevan éstos su marca de origen, su sello inconfundible. Y teniendo el engaño por sistema, la verdad es que no logran engañar a nadie. Son, en suma, la marca y el sello del zafio y brutal jefe político que preside el régimen ruso, que ha creado la escuela e inspira la mecánica policíaca. Cree este jefe, con su mentalidad estrechamente totalitaria, que todo lo que hasta ahora ha sido posible en Rusia debe ser posible también fuera de ella. ¿Qué importan la mentalidad, las características y las peculiaridades de cada pueblo? ¿Qué sus condiciones económicas, políticas y culturales? Todo eso puede y debe ser sometido a la mentalidad y necesidades de la dictadura totalitaria rusa. Lo que acepta y tolera el pobre pueblo ruso, ignorante de la vida universal en los límites geográficos y políticos del país de la gran mentira, tienen que aceptarlo y tolerarlo todos los demás pueblos de la Tierra. El peligro principal no está en que Stalin y su burocracia rusa lo crean así, sino en que haya hombres y formaciones políticas en los diferentes países que, alimenten tan monstruosa creencia y

constituyan en su nombre la peor y más peligrosa de las quintas columnas. Constituye una obligación elemental de todos los espíritus sanos y libres del mundo, sea cuál fuere su condición social y su credo filosófico, hacerles frente y pararles los pies. En medio de los grandes males de nuestro tiempo, el que representan esos hombres y esas formaciones políticas, es el peor.

Estudiado de cerca, el sujeto Jacson-Mornard-Torkoff presenta todas las características de un agente típico de la G. P. U. stalinista. No tiene país propio —definitivamente ha renegado de él— y está dispuesto a adoptar en cada momento la patria que fuere y según las necesidades o los caprichos de la organización a que pertenece. ¿Belga, canadiense, rumano, español? Lo mismo le da. Ruso o no de nacimiento, su única patria es la Rusia stalinista. Está dispuesto a vender y a traicionar a todas las otras, sea cual fuere su régimen político-social, por esa. Lo mismo ocurre con sus apellidos de familia. No tiene ninguno, puesto que está dispuesto a adoptar los que fuere según las circunstancias. En cada país y en cada momento tendrá unos diferentes. En México aparece una vez como Torkoff y otra como Jacson, resultando que al final dice llamarse Mornard sin que aparezca una sola pieza de identidad que lo atestigüe. En España parece que se llamó Mercader. (Varios ex combatientes de la guerra civil española aseguran, en efecto, que se trata de “un comunista español llamado Mercader, que residió con su familia y cursó algunos estudios en Bélgica y que su madre se encuentra actualmente en la U.R.S.S.” Aducen incluso, como prueba de identificación, que lleva una cicatriz en uno de los antebrazos. Si su madre está en Rusia, es indudable que su vida responde del silencio del asesino. En todo caso como tantos otros, éste hizo su aprendizaje guepeuista en España). La cuestión es que no pueda descubrirse nunca su verdadera identidad ni su verdadero origen.

Durante largos años de su vida, vive en todas partes y en ninguna. En todos los países llena el encargo que le eácomiendan los intereses inmediatos de uno solo: el país ruso. Dirigen su cerebro y su voluntad desde una oficina de Moscú. El no puede tener cerebro ni voluntad propios. No se pertenece. Le está estrictamente prohibido pensar por su cuenta y tener conciencia individual. Es un soldado totalitario. El agente ciego de un poder absoluto. No le corresponde a él discernir si lo que le mandan hacer es moral o inmoral, bueno o malo. (Por más que previamente han sido creadas nuevas nociones de moralidad e inmoralidad, de bondad y de maldad: es moral y bueno todo lo que sirve y favorece a la U. R. S. S. e inmoral y malo todo lo que va en su contra o la perjudica). Se lo mandan y basta. Así vive en el amoralismo más absoluto. Y en la maldad al servicio de una causa que, por obligación estricta, debe creer que es la única buena. Sencillamente: la única. Su oficio es mentir y engañar. Todo es mentira y engaño, en efecto, en él: cuando le jura amor a una Silvia, cuando dice compartir los sentimientos de unos idealistas, cuando le promete adhesión y amistad a un Trotsky, cuando justifica sus viajes o sus medios de vida ... Y luego, cuando tiene que explicar su crimen. La verdad le está prohibida absolutamente y para siempre: está eternamente condenado a la mentira y al engaño. Quizá es ese su infierno en la Tierra. ¿Ha llegado a eso por fanatismo político, por espíritu de aventura, por corrupción económica? ¿Quizá por todo eso a la vez y al final por el terror? Es posible que haya sentido alguna vez en su vida la necesidad de recobrar a sí mismo, de rebelarse contra la monstruosa maquinaria que le domina y dirige, de evadirse del destino miserable que le han trazado. No se lo han permitido: automáticamente le han hecho sentir que era ya demasiado tarde. No ha habido escapatoria para él. Ha tenido que mantener una inflexible fidelidad hasta el fin. Eso o la muerte. La suya y la de algún ser querido. Lo ha arrojado todo, sin opción posible, en la balanza. ¿Han querido que matara? Pues ha matado. ¿Que traicionara? Pues ha traicionado. ¿Qué fuera a presidio? Pues ha ido. Y en presidio, por encima del que le imponen las leyes, sigue sintiéndose prisionero de un poder superior: la monstruosa maquinaria cuyos engranajes parten de Moscú. Sigue perteneciendo a esa maquinaria en cuerpo y alma como Fausto a Mefistófeles. Si un día necesita que se evada, tendrá que evadirse. Y si la evasión significa la muerte, tendrá que morir. Los hombres como Jacson-Mornard-Torkoff-Mercader son explosivos con forma humana, explosivos peores aún si cabe que los descubiertos y lanzados en el transcurso de la última gran guerra, pues pasan por seres humanos perfectamente desconocidos a los demás seres. Constituyen, en todo caso, el arma política y social más peligrosa que maneja Moscú en nuestro trágico período histórico. Son viajeros de la muerte, tan misteriosos y amenazadores como la misma muerte. Les señalan la víctima y caen sobre ella. Mientras existan hombres así, agentes ciegos de una potencia y de una organización que pueden disponer a su guisa de todo lo que de más sagrado tienen la vida y la muerte, la humanidad entera está amenazada. El porvenir del hombre está amenazado. Y la moral, la dignidad, la verdad, el derecho, la justicia, la libertad —simples prejuicios burgueses según el stalinismo—, todo está amenazado. No se trata de simples especulaciones intelectuales ni de imágenes literarias. Por el contrario, se trata de una de las más trágicas y peligrosas realidades de nuestro tiempo: de una pira insaciable que nos ofrece a diario el sacrificio de hombres y de pueblos.

Sí, todo es mentira y engaño en torno a ese guiñapo humano. tinte todo, la carta que se le halló encima. No cabe duda alguna que esa carta fué redactada en Nueva York, examinada, discutida, vuelta a redactar. Para ocultar ese hecho, el asesino hubo de inventar una máquina de escribir fantástica. Lo prueban la firma y la fecha puestas a lápiz a última hora. Y el hecho de que en sus declaraciones ulteriores no recordara bien todo su contenido. La redactaron cuidadosamente los agentes de la G. P. U. en Nueva York. Como si se tratara de un documento de alta política y del que dependiera el porvenir de la U. R. S. S. Un documento histórico para ellos más importante que todas las tesis y resoluciones del Komintern a través de todos sus virajes tácticos. En la mente de sus redactores, una preocupación principal: ¿dará satisfacción a los jefes y sobre todo, al jefe supremo? Mientras Jacson-Mornard la traía bien oculta, como una bomba pronta a estallar, una copia debía salir para Moscú. Por la valija diplomática, claro está. De acuerdo con las costumbres de la G. P. U., esa carta se proponía por lo menos matar dos pájaros de un tiro: uno, Trotski, presentándolo como el enemigo terrorista del pueblo ruso y el organizador del asesinato de Stalin; otro, el trotskismo. Moral y políticamente este último debía sufrir un duro golpe. Se quedaba sin jefe. Uno de los suyos se había desilusionado de él y lo había asesinado. En casi todos los actos de la G. P. U. se observa, en efecto, la misma doblez y la misma perfidia: no le basta asesinar, sino que necesita además deshonorar a la víctima y achacarle el crimen a otro. Pero con ello, con ese burdo maquiavelismo, denuncia su marca y su sello. Esa carta constituyó una monumental torpeza: simplemente por haberla escrito y aún más por su contenido. Era la tarjeta de la G. P. U. en el bolsillo del asesino. No cabe duda de que fué preparada con la secreta esperanza de que éste fuera, a su vez, asesinado: la siniestra G. P. U. se proponía matar en esta ocasión tres pájaros de un tiro: su agente podía morir también y ese sería "su" testamento. Fué un indudable acierto que el propio Trotski, herido de muerte, impidiera que mataran a su asesino: supo ser político hasta el fin. Iban a poderse establecer así todas las contradicciones, todas las mentiras, todas las trapacerías o las más de ellas.

El contenido de la carta guarda una grosera y mimética semejanza con las "confesiones" registradas durante los famosos procesos de Moscú. Hasta para asesinar sigue la G. P. U. una línea política rígida, con las simples variantes que exigen las circunstancias. Todos los procesados decían tener por jefe político a Trotski, aun cuando los más de ellos lo hubieran atacado duramente hasta entonces en defensa obligada de la jefatura de Stalin. Todos, tras una resistencia mayor o menor, habían capitulado una y otra vez, se habían sometido hasta la humillación. Todos habían ido al sacrificio confesando a gritos sus errores, renegando de Trotski, acusándolo como el enemigo número uno de la patria socialista y proclamando las virtudes y los aciertos casi infalibles del Gran Verdugo, al que odiaban y despreciaban en su amargado corazón. El miserable Jacson-Mornard se sometía a la misma línea de conducta, a la misma mecánica. Los acusados de Moscú decían haber recibido órdenes de Trotski de preparar el sabotaje de las industrias rusas, de provocar la desmoralización del Ejército, de asesinar a Stalin. (Con la cantidad de gente que ha pretendido asesinarlo, es incomprensible que viviera tanto). Todos hubieron de reconocer, en el infame banquillo de los acusados —infame para el que les obligó a sentarse en él—, que Trotski obraba de acuerdo con una potencia extranjera. Esa potencia era unas veces la Inglaterra de Chamberlain y otras la Alemania de Hitler. (Entre paréntesis: en Nuremberg no ha aparecido ninguna huella de esos fantásticos tratos; han aparecido, en cambio, el protocolo secreto firmado por Molotov y Ribbentrop y otros documentos no menos infames para Stalin y su diplomacia. El chacal del Kremlin ha asesinado a toda la generación de Octubre con la falsa acusación de haber hecho lo que él se disponía a hacer —y lo que hizo— años después). Nada faltaba ahora en la "confesión" del asesino guepeuista de Trotski, ni tan solo "el apoyo de una gran nación" y el de "cierto comité parlamentario extranjero". Pero como el asesinato tenía que cometerse en pleno idilio Stalin-Hitler, la "gran nación" no podía ser ya Alemania, sino los Estados Unidos plutocráticos e imperialistas, y el "comité parlamentario extranjero", el Comité Dies. ¡Qué falta de inventiva y de imaginación! Toda la campaña de la prensa comunista y comunistoide mexicana contra Trotski, durante los meses que precedieron al primer atentado y luego al asesinato, se hizo sobre la misma base. Los artículos de "La Voz de México" y de "El Popular", los discursos del alquilón Lombardo Toledano y la carta firmada a lápiz por Jacson se parecían como tres gotas de agua. Tres gotas de agua —o treinta, o trescientas— de la misma fuente: la G. P. U. Además de las acusaciones anteriores, estas otras, más estúpidas aún si cabe: Trotski era un enemigo declarado de los generales Cárdenas y Avila Camacho —los hombres gracias a los cuales podía residir en México, el único país de asilo en el mundo para él—, decía pestes de la policía mexicana —la misma que protegía su vida y de la que había hecho públicos elogios por su diligencia—, preparaba un siniestro complot... Y para que no faltara nada, para que la torpeza fuera todavía más garrafal, en el asalto del 24 de mayo Alfaro Siqueiros había lanzado un "¡Viva Almazán!" y en la carta de Jacson aparecía una pérfida y estúpida referencia al mismo Almazán. ¿Quién podía dudar de que los mismos que le soplaron ese grito al cínico pintor, asesino fallido, introdujeron luego la referencia en la carta?

Pero la torpeza máxima de la carta está en esta frase:

“... y llegué a la conclusión de que quizá los stalinistas no andaban tan alejados de la verdad cuando acusaban a Trotski de preocuparse tanto de la clase trabajadora como de un calcetín sucio”. Es decir, la declaración sin tapujos de que el stalinismo tenía razón en su campaña contra Trotski y en la preparación de su asesinato. Si la G. P. U. hubiera puesto su membrete, su firma y su sello debajo de esa frase, la revelación no por eso hubiera podido ser más completa. Así no hay manera de engañar ni a los niños.

Sí, todo en el asesino son mentiras, contradicciones, trapacerías. En su carta dice que abrazó las ideas trotskistas en contacto con los jóvenes estudiantes de la Sorbona; después, en sus declaraciones, que gracias a Silvia Ageloff. ¡Como que se hizo su amigo y luego su amante sabiendo la G. P. U. qué, gracias a ella, podría introducirse cerca de Trotski y asesinarle! Fué la G. P. U. quien hizo que Ruby Weil, secretaria de Luis Budenz, estrechara sus lazos de amistad con Silvia y le sugiriera incluso un viaje juntas a París. Allí estaba Jacson dispuesto a llenar su cometido. Ruby hizo las presentaciones. Inmediatamente se hicieron amigos. Silvia, trotskista ingenua y sincera, le habló de sus ideas. Jacson pareció interesarse mucho por ellas. ¡Ya lo creo! Silvia sentíase feliz de haber conquistado un “neófito” para la causa. Y doblemente feliz de que el tal “neófito” le declarara su amor y le hiciera una promesa de matrimonio. ¡Maravilloso viaje a París! Desde ese momento tenían que sucederse los acontecimientos, hábilmente conducidos por la G. P. U., hasta el asesinato de Trotski. ¿Cómo iba a sospechar Silvia qué, conducida por una fuerza oculta, llevaría ella misma al asesino, bajo las apariencias de un amante sincero, hasta la propia víctima?

En la carta afirma Jacson que “convencido de su ideología y con entera buena fe se adhirió a su organización” (a la sección francesa de la IV Internacional). También le aseguró a Cooper, mientras le acompañaba al aeropuerto, que era “un miembro activo” de dicho partido. Resultó después según su declaración a Goldman, que nunca había pasado de ser un simpatizante. Una pregunta salta en seguida a la mente: ¿cómo podía ocurrírsele a un miembro responsable del Comité de la IV Internacional, proponerle a un simple simpatizante que fuera a México a trabajar con Trotski, cuando había no pocos militantes probados y preparados que no lograban semejante privilegio? No hubo tal miembro. El asesino asegura que celebró quince o veinte reuniones con él en París; sin embargo, nunca supo su nombre. Ni su nombre ni nada preciso sobre él. Si ese miembro hubiera tenido una confianza tan ilimitada en él, hasta el punto de mandárselo a Trotski, no podía dejar de tenerla para confiarle por lo menos su nombre. Dice que le proporcionó un pasaporte falso, un pasaporte con el cual tenía que salir de Francia, embarcar, entrar en los Estados Unidos, solicitar el visado mexicano y llegar a México. Y no se le ocurrió echarle un solo vistazo. No le interesó lo más mínimo conocer “su” identidad. Lo que pasa es que tenía que mantener oculta esa identidad y el origen guepeuista del pasaporte falso. La policía mexicana descubrió el origen del documento a pesar del asesino y a pesar de la G. P. U. En su carta afirma que el fantástico miembro de la IV Internacional le dió también dinero para todos sus gastos. Precisó luego que le había entregado doscientos dólares, cuando los gastos de viaje y la estancia en México forzosamente tenían que representar cuatro o cinco veces más. No se preocupó lo más mínimo averiguar si esa cantidad sería suficiente. Afortunadamente su madre —una madre que tuvo buen cuidado de no presentarle a su novia Silvia durante el mes que permanecieron juntos en Bruselas y cuyo paradero ignoraba al prestar declaración después del asesinato— le hizo un espléndido regalo de cinco mil dólares. Su madre: la G. P. U. Esta no suele escatimar el dinero con sus agentes. ¡La vida de Trotski bien valía cinco mil dólares!

El miembro de la IV Internacional pensó en el pasaporte, en el dinero, en la actitud que debía observar en México, en todo; pero no pensó en algo elemental: en darle a Jacson-Mornard una carta de presentación para Trotski. ¿Cómo podía reconocerle éste? ¿Cómo iba a introducirle en su casa-fortaleza y a depositar su confianza en él? Conozco perfectamente las costumbres en los medios revolucionarios internacionales —las he practicado durante cerca de treinta años— y sé que no se manda nunca a nadie encargado de cumplir una misión cualesquiera sin una credencial. Incluso cuando la misión debe llenarse en un país totalitario y cuando el emisario corre peligro de muerte, lleva bien oculta su credencial. Se hace precisamente para evitar que puedan introducirse espías, confidentes y agentes provocadores del enemigo. Pero claro está que en el caso de Jacson-Mornard no podía haber credencial ni carta de presentación. Para ello tendría que ser real el miembro de la IV Internacional. En lugar de este miembro fantástico, hay que poner otro miembro u otros miembros reales: los de la G. P. U.

Una vez en México, Jacson-Mornard espera nueve meses sin presentarse a Trotski. ¿Por qué? Si Trotski estaba prevenido de su llegada, ¿qué necesidad tenía de permanecer durante nueve meses en la más completa inacción? El asesino declaró: “eran las instrucciones que traía de París”. En este punto no

miente: eran las instrucciones que traía de la G. P. U. No debía mostrar impaciencias ni precipitaciones, exponiéndose a ser descubierto; debía esperar que Silvia lo introdujera sin despertar sospechas, como una cosa fortuita y natural. Y así fué: Silvia lo presentó a Alfredo y Margarita Rosmer de los que se hizo amigo. Le hacía a Rosmer continuas visitas al hospital. Cuando salió de él, siguió visitándole en casa de Trotski. Rosmer le recibía a la puerta. Encontrando esto molesto, surgió de la propia Natalia Sedova el invitarle a pasar. La presentación a Trotski era obligada. Mientras tanto debía fingir que estaba ocupado en unos negocios fantásticos: éstos le habían traído a México y le daban para vivir, incluso para tener automóvil. A Silvia le aseguró en Nueva York que le esperaba en México su patrón, un tal Peter Lubeck —inexistente como todo lo demás—, el cual debía darle cincuenta dólares semanales por su trabajo. Puesto que Silvia era una militante trotskista, por cuyo intermedio decía haber conocido a los trotskistas franceses —incluso al miembro del Comité de la IV Internacional, presentado por ellos (por ellos y no por la propia Silvia, que podía desmentirle)—, ¿qué necesidad tenía de inventar ese embuste y de ocultarle a ella que lo mandaban para que trabajara con Trotski? Se lo ocultó porque era mentira y esa mentira se hubiera descubierto inmediatamente.

Desgraciadamente, la muerte le impidió a Trotski desmentir lo dicho por su victimario respecto a sus conversaciones. No importa: el propio asesino tenía que desmentirse a sí mismo. De las once visitas que hizo a la casa de Trotski —sin contar la del crimen—, está comprobado que, sólo logró hablar con él tres veces. En una de ellas, el día de su presentación, se limitó a tomar el té con Trotski y con Rosmer. Cuando Goldman le preguntó si había tenido alguna conversación con Trotski en presencia de Rosmer, respondió: “No recuerdo”. Si en esa breve entrevista Trotski le hubiera hablado de sus proyectos, el asesino lo recordaría perfectamente y lo hubiera dicho invocando el testimonio de Rosmer. Prefería, claro está, evitar ese testimonio. La segunda vez que lo vió —la anterior al asesinato—, le llevó el borrador de su artículo y se limitaron a hablar sobre él. Para Jacson-Mornard fue el ensayo general. La tercera vez le llevó nuevamente el artículo y le dió el golpe mortal. mientras lo leía. ¿Cuándo pudo hablarle Trotski de sus planes?

Hay en la carta firmada por Jacson un párrafo que conviene reproducir. Dice así: “Recién llegado aquí me dijeron que debía estar algo alejado de la casa de Coyoacán para no llamar la atención sobre mí y sólo unos meses después empezaba a frecuentar dicha casa más a menudo, por indicación de León Trotski, quien empezó a darme poco a poco algunas precisiones sobre lo que esperaban de mí”. “Recién llegado aquí (a México) me dijeron ...” En su declaración afirmó que era el miembro de la IV Internacional quien le había dado esas instrucciones en París. Según su carta le dijeron eso en México, a su llegada. ¿Quién pudo decírselo si tardó nueve meses en ponerse en contacto con la casa de Trotski? ¿Quién si, según sus propias declaraciones, no se puso en contacto con ningún trotskista en México? La respuesta es por demás sencilla: le dijeron eso los agentes de la G. P. U. Trotski empezó a darle “poco a poco algunas precisiones... ¿Cómo logró Trotski darle “poco a poco algunas precisiones” si sólo logró verle las tres veces antes apuntadas? Aquí afirma que le dió “algunas precisiones”. En su segunda declaración ante el Jefe del Servicio Secreto dijo: “Me habló en líneas generales. Jamás me dió detalles exactos”. ¿Hubo precisiones o no las hubo? El viaje por el China Clipper hasta Shangai, el paso a Rusia por el Manchukuo, el asesinato de Stalin, el sabotaje de las industrias de guerra, la desmoralización del Ejército: todo eso parécenos que son precisiones exactas. ¡Y qué precisiones! Exigirían, en efecto, que se trataran poco a poco, muy poco a poco.

La misión que debía llenar el asesino es en sí absurda, fantástica, contraria a la mentalidad política de Trotski y, desde luego, a sus posibilidades. ¡Como si fuera cosa fácil introducirse en la U. R. S. S., a través del Manchukuo o por cualquier otra parte! ¡Como si fuera fácil, sobre todo, para un agente trotskista nacido en Bélgica y que confiesa, por añadidura, que no sabe el ruso! Y nada menos que con el encarguito de sabotear las industrias, desmoralizar el Ejército y asesinar a los jefes soviéticos y en primer lugar, a Stalin. Aquí aparece otra contradicción de bulto: en su carta afirma que Trotski le encargó especialmente el asesinato de Stalin; en el interrogatorio de Goldman lo negó: sólo (!!!) lo mandaba a sabotear las industrias y a desmoralizar el Ejército. O Stalin y su G. P. U, nos toman a todos los habitantes de la Tierra por idiotas perdidos o no tienen la menor noción del ridículo. En todo caso debemos observar un hecho: cada dato material, referente al extranjero, dado por los procesados de Moscú —Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Piatakov— resultó comprobadamente falso. Lo mismo ocurrió en el proceso que la G. P. U. nos montó a algunos de mis compañeros y a mí en España. Y lo mismo ocurre ahora con el asesinato de Trotski. La gran desdicha para Stalin y la G. P. U. consiste en que las policías y los tribunales extranjeros no son todavía totalitariamente stalinistas, salvo en los países bálticos y balcánicos —así como en Polonia— donde las oposiciones empiezan a conocer las bondades de la justicia

guepeuista...

En fin, resulta absolutamente absurda también la tesis de Jacson-Mornard sobre su, "desilusión" de Trotski. ¿Cuándo pudo sentir esa desilusión? ¿Mientras tomaba el té con él y con Rosmer? Fué esa, como hemos visto, la única entrevista que tuvo con Trotski antes de la del ensayo general y de la del asesinato. En el apretado interrogatorio que le hizo Goldman no supo precisar cuándo ni cómo la sintió. Precisó, en cambio, en qué momento concibió la idea de asesinar a Trotski. Este, que ignoraba poco antes su existencia, resulta que le había hecho venir a México y había destruido su vida. ¿Y cómo no le manifestó su desilusión a nadie? ¿Cómo se la ocultó incluso a Silvia, su amante? ¿Por qué siguió presentándose ante ella, hasta el último instante, como un ferviente admirador del revolucionario ruso? Y si de veras hubiera sentido esa desilusión, ¿se concibe que ella por sí sola le impulsara a matar fría y premeditadamente y a perderse para siempre?

De toda la siniestra novela que rodea a ese miserable, sólo quedan unas notas reales: inmediatamente después del atentado, en momentos de máxima tensión nerviosa y de pérdida del control sobre sí mismo al sentir amenazada su vida, grita angustiado: "¡Me obligaron a hacerlo!" y "¡Han encarcelado a mi madre!" Después, cuando logra reponerse un poco, cuando recobra el control sobre sí mismo y vuelve a vivir su papel, niega obstinadamente la participación de la G. P. U. ¿Quién pudo obligarle a matar a Trotski? Sólo podían estar interesados en ello Stalin y su G. P. U. Sólo ellos. La propia obstinación del asesino en negarlo después, lo prueba. Sin duda alguna, esa negativa constituía una condición estricta. ¿Es cierto lo referente al encarcelamiento de su madre? Yo lo creo muy posible. Entra en las costumbres corrientes de la G. P. U. En cuanto se le confía a un funcionario o a un agente una misión de regular importancia, se guardan sus familiares en calidad de rehenes. Y antes de confiarle a un agente extranjero una de esas misiones, se le invita a trasladar a su esposa, a sus hijos, a su madre a la U. R. S. S.: allí estarán bien atendidos y a salvo de posibles represalias... Una vez los familiares allí, el agente está perdido. Añádase que la misión de asesinar a Trotski no era de regular importancia: era, para Stalin y para la G. P. U., una misión importantísima, quizá la misión número uno en aquellos momentos.

Hay otro hecho innegable: durante los meses que precedieron al asesinato, Jacson-Mornard vivió bajo el terror. Sentíase vigilado, coaccionado, amenazado. Estaba como preso en una terrible red. Fracasado el asalto del 24 de mayo, en cuyos preparativos tomó una parte indudable, debía presentir que se acercaba su momento: el momento de entrar directamente en funciones. ¿No lo habían preparado todo para eso? Cuando lo llamaron a York, sabía de lo que se trataba. Volvió con una orden categórica: "Ahora tú, Te hemos reservado para eso. Cuidado con fallar el golpe, pues Moscú no te lo perdonará ni nos lo perdonará a nosotros. Y si logras salir con vida, cuidado con hablar. Esta carta hablará por ti. Si no cumples el mandato, ya sabes lo que te espera y lo que le espera..." Los últimos días sentíase nervioso, pálido, enfermo. No se atrevía a mirar a Silvia. Tenía ésta la impresión de estar hablando con un muro. Con un hombre obsesionado por una idea fija. Por mucho que fuera su fanatismo y su cinismo, todo esto resulta lógico y natural. Quizá si el asesinato hubiera dependido de su sola voluntad personal, hubiera retrocedido. Pero no dependía de él y no podía retroceder. Tenía orden de matar y mató. Ahora tiene orden de callar y calla. ¡Un agente típico de la G. P. U.!

La escoria humana Jacson-Mornard-Torkoff-Mercader nos importa relativamente. Importa por lo que se oculta detrás de él. Todo el mundo lo sabe: Stalin y la G. P. U., hoy N. K. V. D. Trotski lo señaló claramente a la opinión pública después del primer atentado. Cuando Cooper acompañaba a Jacson-Mornard al aeropuerto, en viaje para Nueva York le oyó decir: "... la clase obrera del mundo entero le hará pagar a Stalin todos sus crímenes". Trataba de inspirar así mayor confianza, pero era su subconsciente quien hablaba, quien acusaba y quien condenaba. Todos sus crímenes... Incluso los que se dispone a cometer, pues sólo puede vivir y seguir en el poder a base de terrorismo y de crímenes. Es posible que muera antes de pagarlos ... Pero aun así los pagará ante la conciencia universal y ante la historia.

(1). Este capítulo cae bajo la exclusiva responsabilidad de autor comentador de Julián Gorkin.

(2). "Caníbales Políticos. Hitler y Stalin en Espata", Ediciones Quetzal, S. A., México, D. F.